

Katia Acín. Obra gráfica

Texto de la intervención de Concha García-Bragado Acín, presidenta de La Fundación Ramón y Katia Acín, en la inauguración de la exposición.
Salas de la Diputación de Huesca, 20 de febrero de 2010

No os voy a contar la vida de Katia, que seguramente todos ya conocéis.

Me voy a remontar al momento en que, después de su muerte, llegamos a Altafulla y bajamos a su taller. El alma se nos cayó a los pies. Allí estaba el trabajo que, durante los últimos diez cortos años, había realizado Katia. Reconocimos la verdad que escondía una frase muy repetida por ella cuando, desde mi más prosaica actitud, le invitaba a recoger, ordenar, barrer,... “Hija mía, ¡que no tengo tiempo!”.

El orden lo intentamos poner después de su muerte. Fue triste y, aunque parezca mentira -y a pesar de haber convivido con ella esos diez años-, descubrimos entonces la “Obra de Katia”. Más de trescientas planchas, por supuesto no todas ellas con tirajes hechos, multitud de dibujos y alguna escultura realizada en el último lustro de su vida.

Los cinco hermanos, algunos en edades que rozaban la jubilación, nos sentimos huérfanos de verdad y comprendimos que, como nietos de Ramón Acín e hijos de Katia, recaía sobre nuestras espaldas la responsabilidad de transmitir, difundir y conservar este legado.

Así nació la idea de constituir una Fundación que, como sabéis, se hizo realidad con el nombre de **Fundación Ramón y Katia Acín**. Para ello hemos contado con el apoyo de amigos e Instituciones que aceptaron acompañarnos como patronos de la Fundación y hemos contado también con el trabajo, el tiempo y el cariño de otros muchos amigos que nos han ayudado en este viaje.

Es desde esta Fundación desde la que hoy os presentamos esta Exposición.

Hay una frase muy gráfica de Katia, que resume su vida artística: “y me quité la espina”.

Y esto que hoy os presentamos es, precisamente, esa espina. Esa espina con la que vivió toda su vida.

Si la mirada hacia su obra fuese muy rápida, se podría pensar que la herida de esta espina tuvo que dolerle mucho, ¡mucho! Y, sin embargo, todos los que la conocimos sabemos que si algo la caracterizó fue ese carácter tan tremendamente positivo que le permitió -a pesar de los pesares- disfrutar de la vida en plenitud.

Fue feliz en los años de estudio universitario en Zaragoza, a pesar de no ser la carrera de Filosofía y Letras la que ella habría elegido en primera instancia.

Fue feliz criando hijos y jugando al pinacle en el Aéreo Club, a pesar de que, a veces, le oíamos manifestar su deseo de dedicarse a la enseñanza y la imposibilidad de conseguir una plaza interina (no en vano se apellidaba Acín).

Fue feliz dando clase en Binéfar (Mari Carmen Domingo o Rosa María Aineto podrían contar mil anécdotas de cómo disfrutó Katia esos años).

Fue feliz en Huesca, en el instituto, con sus compañeros y alumnos.

Y, por supuesto, sacó fuerzas de flaqueza cuando a los 53 años murió nuestro padre. No la vimos decaer en ningún momento.

Fue feliz. Siempre supo transmitir hacia el exterior fuerza, lealtad, juventud y mucho cariño.

Nos quiso a todos los que hoy estamos aquí.

He dicho que toda su vida fue feliz. Sin embargo, como hija suya, cuando reconstruyo su pasado tengo una laguna. Hay un período de tiempo, el que va de sus 12 hasta los 18 años, del que no conozco casi ninguna anécdota, salvo la manifestación del cariño que sentía por sus tíos Santos y Rosa. Pienso que, seguramente, fue en esos años cuando creció la espina, cuando Katia ordenó sus recuerdos.

Parece ser que técnicamente, para un grabador, la plancha no es lo más importante. Lo importante es la estampación. Yo no discutiré este punto, Dios me libre. Pero, como soy su hija, me permitiré el lujo de decir que en Katia la plancha tiene una importancia extraordinaria. Yo lo intuía, no había más que verla luchar, discutir, conversar, acariciar, atacar aquel trozo de material. Lo intuía, pero no era capaz de poner palabras a esta intuición. Fue su amiga Cristina Plaza la que me lo tradujo a palabras: "Para Katia, que nunca pudo escribir, que era incapaz de traducir sus sentimientos en palabras, cada una de esas planchas es una página de ese libro que jamás escribió".

Y esto es lo que hoy os mostramos: la obra de una mujer madura que, al mismo tiempo, hunde sus raíces estéticas y expresivas en otra edad. Una edad en la que ella tendría que haber estado jugando sin sentir, permanentemente, que todo su mundo de afectos había quedado destrozado por un terremoto inhumano.

Y, a pesar de todo ello, el recuerdo de esta mujer sigue provocando una sonrisa a quienes la tratamos. ¿A quién de nosotros no le viene a la cabeza una anécdota tierna y divertida con Katia como protagonista?

Pues bien, este homenaje a esta gran mujer, este homenaje a su intensísima obra, no habría sido posible (y ahora viene el momento de los agradecimientos, y os aseguro que no son una formalidad sino pura y simple sinceridad) sin la inestimable ayuda de muchos de vosotros.

Nuestro primer agradecimiento es para Alicia Vela y Antonia Vilà por todo el cariño, afecto y apoyo que le dieron en vida y por todo el trabajo y quebraderos de cabeza que les ha dado la preparación de esta exposición, pues se han tenido que pelear con una artista “no al uso” (ya la conocían, pero creo que la realidad ha superado sus peores “temores”; Katia era una trabajadora compulsiva, al grito de “no tengo tiempo”). Ellas nos han dejado un catálogo, nos han dejado una obra seleccionada y nos han transmitido a los hijos todo el cariño que en vida le dieron a ella.

Nuestro inmenso agradecimiento a las Instituciones y a las autoridades que les representan, Diputación General de Aragón, Diputación de Huesca, Ayuntamiento de Huesca. Sin vuestra apuesta por Katia, este acto nos habría resultado mucho más difícil, si no imposible.

Nuestro inmenso agradecimiento a Emilio Casanova, a Viky Calavia y a todo el equipo que trabaja con ellos. Si no nos quisieran tanto como nos quieren, estaríamos perdidos.

A la escuela de Arte y Diseño de Tarragona, que arropó durante 10 años a Katia en sus aulas, haciéndola verdaderamente feliz.

A sus profesores y amigos, Antonio, Cristina, Ana, que compartisteis tantos momentos con ella y a quienes quiso tanto.

A todos los amigos que nos ayudáis a mantener viva esa ventana al mundo que es la página web de la Fundación, con vuestras colaboraciones e ideas inestimables, Carlos Mas, Miguel Bandrés, Chusma Gómez, Javier Rui-Wamba y tantos otros.

Y, resumiendo, a todos los que hoy nos acompañáis, amigos y familia de Huesca, Zaragoza, Tarragona, Altafulla, Barcelona... Muchas gracias por vuestra presencia y gracias, de nuevo, por haberla querido tanto.